

SENTIDO ETIMOLÓGICO

Elena López Cruz

“La etimología de la palabra recuerdo es de las más bonitas: viene del latín “cordis”, corazón, y “re-”, de nuevo: es decir, “recuerdo” significa recorrer el corazón de nuevo. Está designado para referirse a lo que nos pasa por el corazón.”

Podría decirse que me desperté sobresaltada al notar el sonido oxidado de la valla delantera, esa que tiene la pintura verde desconchada. Cada uno de mis cimientos se estremeció y observó, alerta. Casi no te reconocí al entrar, ya tan mayor.

Has abierto el portón de madera y se ha establecido un silencio sepulcral entre nosotros. Casi no te he reconocido. Has crecido mucho. Dime, ¿cómo te han ido los estudios? ¿Eres filólogo? Igual eres historiador. Te pregunto, pero no contestas. Observo.

Has tenido que esperar hasta acostumbrarte a esta penumbra en la que me dejaron, y has abierto poquito a poco las persianas, para pasear la vista por el salón. Los muebles están cubiertos con telas y el polvo mancha todo cuanto la luz roza, flotando por la estancia. Está todo vacío. La madera cruje, en algún sitio, por motivos que la ciencia no alcanza a descubrir. Pero has visto otro salón: los mayores están sentados en la mesa, hablando tras el café, y entra por la ventana una especie de aire de verano. Sabes que te quedarás hasta tarde y que jugarás como siempre con tus primos y tus hermanos. No quieres sentarte a la mesa, porque es aburrido. Algún día te enseñarán fotos, y dirán “es el primo (o el hermano) del abuelo”, pero tú no les reconoces, porque no los recuerdas.

En algún sitio, están los juguetes. Un baúl que huele a naftalina. Hay de todo. Casi recuerdas las canicas, los indios y los vaqueros. Igual hay algún libro de cuentos, de los que leía tu tía a los niños cuando tocaba hacer la siesta, para que no hicierais mucho ruido y se os pasase rápido aquel silencio lapidario.

Has avanzado, sin entrar en la cocina. Casi puedes oler los guisos, y quieres probarlos, pero tu abuela no dejaba que nadie entrase a la cocina. Aquel era su dominio y hablaba un lenguaje maravilloso, uno de especias y de tradición de recetas, que poco a poco te enseñaba cuando ya se hizo mayor y se ablandó, y te permitía entrar. También te contaba historias. Tantas que recuerdas cada una como un conjunto de novelas.

Si se hace de noche, saldréis al patio escapando de este calor. Cuando crezcas, recordarás la quietud de estas noches, y pensarás en volver.

Todo ha cambiado demasiado. Todo está en silencio. Estás todo lleno de dudas, porque este es el verano de la elección. Este es el verano en que decides tu futuro, y no quieres esta responsabilidad. Tú siempre fuiste bucólico, y estos cambios imperceptibles en la atmósfera y en tu pensar, te meten en una fuerte introspección.

Quieres volver. Pero no puedes. No queda nada. No queda nadie en la casa, en esta casa vieja que soy, porque ya me he vuelto vieja y se me van ajando los muros por la humedad.

Unos murieron, otros se discutieron, tus primos y tú crecisteis, y solo tus hermanos permanecen. Y ahora te vas. Te vas y no queda nada, ni futuro ni pasado.

Has subido al tejado, a tu sitio favorito, para volver a mirar el atardecer.

El atardecer desde aquí, desde casa, porque cuando te pesa vivir solo te consuela eso que te pasó por el corazón, aunque ya no exista.